

hecho que Platón viniese a él. Desandando la historia de las traducciones no ha parado en su primer viaje hasta encontrarse, espíritu con espíritu, con el mismo autor del texto original. No con Platón, pero sí con su texto escrito ha convivido Gómez Robledo durante varios años. Y aunque el mismo Platón haya subrayado alguna vez, con evidente exageración, la insuficiencia de la mera expresión escrita para captar en su plenitud el pensamiento vivo de un autor, también él reconocía que la exigencia del autor vivo era un idealismo imposible, al que era preciso renunciar. El texto escrito es aún una presencia viva de quien lo escribió. Platón mismo no se puso en contacto vivo con Homero y con los escritores griegos anteriores a él sino a través de la fijación escrita. El hombre occidental se siente feliz de poder conversar todavía con el mismo Platón y de esta felicidad estudiosa, que antes era lo mismo que amorosa, ha disfrutado durante varios años el platónico mexicano Antonio Gómez Robledo.

No ha sido la suya una felicidad meramente pasiva y egoísta, sino una actividad gozosa de desentrañar profundidades y descubrir nuevos hallazgos. Un prefijo, un sufijo, los centelleos fugaces de una etimología arcaica, la terminología auroral de casi todos los nuevos conceptos filosóficos y civiles le han obligado durante años a vivir en una extremada tensión mental, frutiva sí, pero también extenua. Porque lo que en su contacto íntimo con Platón pretendía Gómez Robledo era arrancar al gran filósofo, en cuanto fuese posible, todos los secretos profundos de su mensaje escrito. Sólo así podría gloriarse su tradición de presentar con suficiente integridad y fidelidad el pensamiento platónico.

No lo hubiera logrado, si no hubiera completado su viaje de ida con el viaje

de vuelta. Es decir, si además de ir él a Platón y comprenderle no hubiese conseguido que Platón viniese a él y se hiciese comprensible a los demás. Para ello Platón no debía ser tan refractario que no se dejase traducir en un español completamente actual y moderno, sin frases gastadas por el uso ni términos de desvaída significación neutral. Debido tal vez al amor inteligente con que el mexicano ha realizado su obra, Platón no solamente le ha permitido conversar con él en griego, sino que ha consentido dejarse traducir íntegro al español, poniéndose en una actitud disponible para que los españoles e hispano-americanos de hoy entablen un diálogo vivaz y comprensivo con él.

En esto se cifra el valor de la traducción platónica de Robledo y la inestimable aportación cultural que ella significa para el mundo español e iberoamericano. Hoy por hoy, al menos bajo este aspecto, creemos que es la mejor traducción española de la *República* de Platón. En otros aspectos habrá que conceder la palma a la traducción de la misma obra platónica efectuada pocos años antes por los eminentes filólogos madrileños Pavón y Fernández Galiano, pero en el que hemos considerado en estas líneas, opinamos que no.

NEMESIO GONZÁLEZ CAMINERO

*Platón. Los seis grandes temas de su filosofía*, de Antonio Gómez Robledo. Publicaciones de *Diánoia*. México, FCE, 1974.

Entre todos los trabajos filosóficos de Antonio Gómez Robledo el contenido en este libro es manifiestamente el más extenso y, por otra parte, sin duda, el

más importante. Cifro esto, de un lado, al comparar en general esta obra con el *Ensayo sobre las virtudes intelectuales* (México, FCE, 1957, Publicaciones de Diánoia) y con el libro *Sócrates y el socratismo* (México, FCE, 1966, Publicaciones de Diánoia) y de otro, al considerar el tratamiento, en fondo y método, de la filosofía platónica, que en buena parte viene a ser la temática de la filosofía en general. Además, puede decirse que Gómez Robledo se enfrenta aquí por primera vez en forma directa —no como exposición introductoria a las obras, traducidas por él, de Aristóteles y Platón— con la temática y problemática central de la filosofía —actitud y empresa de madurez—, cosa que no había hecho en ninguna otra obra anterior. Yo creo que es merecido decir esto y señalarlo precisamente como el aspecto más valioso del libro, lo cual, entre otras cosas, debe ser un incentivo para que el interesado en estos temas, de lengua española, se avoque a su lectura.

Por las líneas que en el Prólogo se dedican al asunto parece Gómez Robledo preocuparse más de lo necesario —a mi juicio— por la justificación de haber escrito un libro más sobre la filosofía del fundador de la Academia. Yo creo que hay en él aspectos externos e internos que valen por sí mismos —sin necesidad casi de hacerlos explícitos— y que justifican su presentación ante el mundo hispanohablante. Como razón externa principal puede aducirse que no existe, escrita originalmente en nuestra lengua y por un pensador latinoamericano —y aun hispano, si mi memoria no falla en este momento (recuerdo, por ejemplo, las numerosas páginas escritas por Don David García Bacca acerca de Platón y su filosofía en las diversas obras, pero sobre todo en la muy reciente *Leciones de historia de la filosofía*, Tomo

I, Caracas 1972)— una obra parecida ni por el tema ni por el carácter ni por la envergadura. Razón interna principal, a su vez, es la estructura misma del libro: *fundamentalmente temático-sistemática*, con la necesaria referencia histórica a la circunstancia —por ejemplo, al estadio diverso de evolución de las doctrinas en los distintos Diálogos—, necesidad que justificaría, entre otras cosas, la un tanto amplia discusión de la cronología en todo el capítulo III. Sin duda debe reconocerse que en el aspecto de la estructura hay cierta originalidad: porque, aun cuando existen exposiciones generales más o menos temáticas, sin embargo, *no se ofrece en ellas una visión intencionalmente reducida a los temas esenciales*, que centre así la concepción de la filosofía platónica; y aunque la perspectiva de Gómez Robledo al respecto se pudiera quizá encontrar como algo incidental en alguna obra sobre Platón, con todo, me parece que ningún autor la ha tomado en forma precisa como base de la concepción.

Creo que estas dos razones son manifiestas. Pero hay aún una tercera muy importante: se refiere a las bases e instrumentos con los cuales Gómez Robledo llevó a cabo su trabajo y que se cifran en el *contacto directo con los textos platónicos en la lengua original*, como puede comprobarse, lo., en la traducción de la obra capital, la *República* (publicada por la Biblioteca Bilingüe de la UNAM) y 2o. en el seguimiento, a veces paso por paso, del texto griego original en los distintos Diálogos al exponer las diversas doctrinas. Es decir, desde el punto de vista de su preparación remota y próxima, Gómez Robledo está autorizado como pocos para elaborar y escribir, no una exposición superficial cualquiera —que muchos tal vez podrían—, sino una obra seria, meditada y vivida en

*muchos puntos, con algunas aportaciones personales en la discusión de los temas del alma y del amor, por ejemplo, fundada, con relación a puntos controvertidos, en parte sobre la mejor bibliografía clásica* (Wilamowitz, Robin, Jaeger, Piat, Ross, etc.), pero, en parte, sobre autores secundarios, a los que, a mi juicio, no era tan preciso acudir (por cierto, en aspectos de detalle, más bien por erudición.) Por todo lo anterior, opino que los aspectos fundamentales de fondo y forma, internos y externos, del libro que Antonio Gómez Robledo nos ofrece sobre Platón, deben tenerlo despreocupado con respecto al escrúpulo o reserva de su justificación.

Sentado lo anterior, voy a considerar que la obra misma, si bien no con la atención y el espacio que merece tanto para realzar los aspectos positivos, como para examinar algunos, a mi juicio, discutibles.

La elección de los "seis grandes temas" de la filosofía platónica": la virtud, las ideas, el alma, el amor, la educación y el estado, me parece correcta, sobre todo si se atiende a que el autor habla de "los grandes", es decir, los fundamentales, los que constituyen el núcleo del pensamiento platónico. Porque no creo que el tema del mundo, por ejemplo, o el específico del conocimiento —incluido, por otra parte, en el de la teoría de las ideas— o el del método —la dialéctica— pudieran, con excepción quizá de este último, ocupar el lugar de alguno de los otros. Además, independientemente del derecho que tendría Gómez Robledo para destacar un tema más que otro, es posible que el de la virtud, por ejemplo, haya sido elegido por su estrecho nexo con los de la educación y del Estado.

La estructura formal, diríamos, de la obra comprende XIX capítulos, que pueden agruparse en las unidades que si-

guen: (1a.) los dos capítulos iniciales: *Platón y su época, Platón y Sicilia*, están dedicados a describir la vida del filósofo con las principales circunstancias: los viajes, la Academia, la vejez y la muerte; (2a.) en el capítulo III: *Distribución de los Diálogos*, el autor se ocupa del problema de la cronología, tomando en cuenta las hipótesis principales y prefiriendo la de Wilamowitz; (3a.) en el IV se expone con relativa brevedad toda la *Teoría de la virtud*; (4a.) los seis capítulos centrales, del V al X, desarrollan los puntos básicos de la *Teoría de las ideas*, como su evolución, su función conocitiva, las alegorías al respecto, *La idea del bien. La crisis del idealismo platónico* —presentada a través de las aporías del *Parménides*—, *La comunión de las formas* y, en último término, las ideas en relación con el mundo sensible; (5a.) en los capítulos XI y XII se plantea el problema del alma, en especial el de su inmortalidad anteponiendo un excursus histórico sobre las *Representaciones helénicas del alma* y discutiendo acerca de su *naturaleza y destino final* (6a.) la *Teoría de amor* —cap. XIII— es considerada, naturalmente, en primerísimo lugar a través del *Banquete*, pero también del *Lisis* y del *Fedro*; (7a.) el tema de la educación es tratado primero casi sólo históricamente en los caps. XIV *La antigua educación helénica* y XV *La ilustración y la sofística*, para luego exponerlo más directamente a partir de la *República* —cap. XVI—; (8a.) que comprende los tres capítulos finales, donde no sólo se trata el tema del Estado, sino también el fundamental de la justicia, tomando base sobre todo en la *República* y las *Leyes*.

A través de la sucinta enumeración anterior no es posible, sin duda, presentar toda la temática concreta y particular de la obra, ni siquiera la señalada

por el autor en los epígrafes de párrafos e incisos; pero sí creo que el posible lector se formará una idea suficiente sobre el contenido y la secuencia de materias.

Consideramos ahora el aspecto metódico y el trabajo filológico-filosófico. En primer lugar se advierte una notable diferencia con respecto a la obra anterior semejante —*Sócrates y el socratismo*—, lo cual se explica, en verdad, porque en la reseñada aquí hay un tratamiento diferente de doctrinas, que allá no se buscaba. Tal vez parezca sin sentido la comparación entre las dos obras, pero mi propósito es destacar algo importante sobre la labor filológico-filosófica desarrollada en ésta por el autor. El conocimiento y repaso del libro —la impresión de cuyos textos griegos estuvo a mi cargo— me dejaron formada la convicción de que entre este trabajo realizado entre nosotros y los de carácter semejante publicados en otras naciones y lenguas *no hay ya diferencia sustancial ni en método, ni en fuentes ni en reflexión personal*. Al decir "sustancial", quiero significar que existen sí las características aludidas, pero no, diría yo, dentro de una *escueta sobriedad*, propia de la más auténtica investigación filológico-filosófica alemana o inglesa (tengo frente a mí las más notables obras recientes acerca de la filosofía platónica en lengua inglesa, escritas por profesores de Oxford y publicadas por la prestigiosa Routledge and Kegan Paul: *An Examination of Platos Doctrines*, de I. M. Crombie, Londres 1962, 2 vols. —que me extraña no mencione, para nada Gómez Robledo— y *Plato*, de J. C. B. Gosling, Londres, 1973). También quiero significar que para una obra doctrinal, para una exposición temática-sistemática —como sostiene tener en mente el autor— hay *demasiada* historia, mu-

chos excursos históricos que, repito a mi juicio, no son necesarios para la comprensión directa de las doctrinas. O quizá sería más propio formular esto así: el *Platón* de nuestro autor es una obra doctrinal-histórica, enmarcada además dentro de un contexto cultural, que sitúa al filósofo y a su pensamiento en una perspectiva humana universal, viva y eterna. Un tipo de obra así creo que va más de acuerdo con el modo de ser y pensar de Antonio Gómez Robledo, quien seguramente lo dirigió, con acierto, a un público filosófico de sólida cultura, sí, más no de especialistas e investigadores; pero sobre todo, lo creo el más adecuado para transmitir al hombre hispanohablante el mensaje esencial del pensamiento platónico.

BERNABÉ NAVARRO

*J. G. Fichte-Gesamtausgabe der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Band III, 4. Briefwechsel 1799-1800.* Hersg. von Reihard Lauth und Hans Gliwitzky. Friedrich Frommann Verlag. Stuttgart 1973.

La edición monumental de las Obras Completas del filósofo Johann Gottlieb Fichte ha seguido, a través ya de largos años, preparándose y publicándose normalmente, diríamos, con la asiduidad y el tezón alemanes, pero también, por supuesto, con todos los recursos humanos y económicos necesario, así como el favor y la ayuda de muchas personas e instituciones, como en especial la Academia de las Ciencias de Baviera. El año próximo, según nos hace saber el editor principal en la Introducción al volumen que reseñamos, se cumplirán